

AGUSTÍN PRADO ALVARADO

**MARIO VARGAS LLOSA: LAS HISTORIAS PRIVADAS DE
UNA DICTADURA**

Il faut avoir fouillé toute la vie sociale pour être un vrai romancier; vu que le roman est l'histoire privée des nations.
Balzac

Durante muchos años Vargas Llosa acarició el proyecto de escribir una novela sobre Rafael Leonidas Trujillo, el dictador que durante treinta y un años gobernó con mano dura la República Dominicana. La determinación de realizar ese proyecto se ha concretado con la publicación de una prodigiosa novela: *La fiesta del chivo*.¹

El autor ha dividido su obra en veinticuatro capítulos numerados, en los que se narran tres planos narrativos (o historias) ligados temáticamente por vasos comunicantes. Entre los logros importantes del libro destaca el diseño de la estructura del plano discursivo, en el que Vargas Llosa se ha cimentado desde su primera novela, *La ciudad y los perros* (1963), como un virtuoso para asimilar e innovar técnicas de construcción narrativa. Cada historia de *La fiesta del chivo* mantiene una arquitectura bosquejada por medio de analepsis y montajes en los diálogos, en los cuales, dos tiempos distintos en el plano narrativo de un personaje, son evocados paralelamente.

La primera historia que inicia la novela es la de Urania, una mujer que luego de treinta y cinco años de ausencia regresa a Santo Domingo para ver a su padre Agustín (Cerebritito) Cabral, antiguo colaborador de Trujillo. En las primeras páginas, el narrador nos va informando el motivo del retorno de Urania, quien guarda un odio

¹ *La fiesta del chivo*. Lima, Alfaguara, 2000, 518 pp.

hacia su progenitor, al que encuentra derruido en una senectud castigada por la parálisis. En esta primera historia es que encontramos el diseño arquitectónico del libro. Pero de los tres planos narrativos, este es el único que es narrado en tiempo presente, mientras que las analepsis se producen utilizando el tiempo pretérito. De esa manera, conociendo el pasado de Urania, su infancia y adolescencia, interrumpida por su exilio a los Estados Unidos donde encuentra un nuevo rumbo a su vida, es que se podría definir a este primer plano narrativo como una historia biográfica o *Bildungsroman* (siguiendo la tipología que establece Bajtin sobre las novelas). Son los vínculos amicales, familiares y las historias narradas acerca de ciertos personajes siniestros del régimen trujillista, quienes han dejado las huellas indelebles en el crecimiento, la educación y en la memoria de esta primera figura de la novela y que permiten comprender el carácter de Urania, signado por el ostracismo hacia su familia.

La segunda historia es la de Trujillo. La narración nos exhibe al dictador en su vida pública y en sus costumbres íntimas. El narrador, al mostrarnos estos dos lados, consigue que apreciemos los diversos rasgos como persona(je), muy opuestos a los que podrían haberse elaborado sobre la idea típica de un dictador. Pero si bien el eje temático de esta segunda historia recae en Trujillo, el lector, también se encontrará con una galería de personajes ligados al protagonista que van apareciendo y adquiriendo relevancia en el desarrollo de la novela.

Estos personajes se pueden distribuir en dos grupos. En el primero, están los familiares de Trujillo, por quien el dictador siente una debilidad incondicional: "Pero la familia, aunque fuera una familia de parásitos, inútiles, badulaques y pobres diablos, estaba antes que la amistad y el interés político: era un mandamiento sagrado en su catálogo de honor"(p.229). El segundo grupo son los servidores políticos, entre los que destacan el eficiente coronel Johnny Abbes García, quien se desempeña como el verdugo de la dictadura, el esperpéntico Henry Chirinos y el ex-presidente Joaquín Balaguer, quien al final de la novela irá adquiriendo mayor protagonismo. Estos dos grupos se convierten en la puerta de entrada al mundo

privado de la tiranía trujillista, pues permiten al lector conocer, imaginariamente, los diferentes embrollos desarrollados en ese régimen. Trujillo encarna a un personaje modelado, esto se debe a la complejidad de rasgos en su conducta. Así, lo conoceremos presa de ciertas manías, entre ellas, su obsesión por la limpieza en sus subordinados. Pero en la novela, se muestran además los aspectos míticos de su imagen, especialmente aquellos rumores que le pintan ciertos atributos físicos, uno de los que se tejen, es su total dominio para nunca sudar en cualquier situación, o su desmesurada capacidad para satisfacer(se) sexualmente a las mujeres de su agrado, sin importar si eran las esposas o las hijas de sus servidores, lo que le valió el apelativo de *el chivo*, que en el imaginario dominicano se le asocia con la virilidad. Conoceremos sus rutinas matutinas, y también su disposición sin escrúpulos para dar órdenes de eliminar a quien no le era de su agrado. Por otro lado, la ferviente devoción por su madre, muestra el lado humano de quien aparece ante nuestros ojos como una persona sumamente cruel.

Otro componente que destaca en la novela, es el lado hiperbólico. Este elemento lo encontramos en los caprichos de Trujillo, en su pretensión de favorecer a sus familiares como ocurre con su hijo mayor Ramfis, a quien hizo general del ejército dominicano a los diez años. Pero las hipérboles de la novela de Vargas Llosa, van por un camino distinto al que construyeran García Márquez para su dictador de *El otoño del patriarca*, o Augusto Roa Bastos para el suyo en *Yo el supremo*. La diferencia esencial, es que el novelista peruano no utiliza en ningún momento el realismo mágico, como magistralmente lo han plasmado en sus escritos el Nobel colombiano y el novelista paraguayo. A Vargas Llosa, la propia realidad le ha proporcionado los datos necesarios para mostrar al lector estas situaciones exageradas (¿típicas?) en toda dictadura (¿latinoamericana?). Puedo suponer que lo mencionado arriba ha sido uno de los procedimientos por los cuales Vargas Llosa consiguió desplegar su “elemento añadido” (según su teoría de la novela) a una época históricamente registrada, presentando la vida privada de Trujillo, particularmente imaginada, y su vida pública, oficialmente documentada.

La tercera historia esta diseñada para crear la intriga, el suspenso y el nudo de esta novela. A lo largo de la narración conoceremos la conspiración para eliminar al chivo. Son siete personas quienes han proyectado y macerado durante algún tiempo la manera de extinguir al dictador. Para su finalidad han elegido interceptarlo en una de sus rutas automovilísticas tradicionales. El centro de esta tercera historia es la noche en que esperan la llegada del chivo para emboscarlo. Como en los planos narrativos anteriores volveremos a encontrarnos con la misma arquitectura. Las analepsis nos permiten entrar en el mundo interior de cada uno de estos “justicieros”, entre los que destacan Antonio Imbert y Antonio del Mazo. Solamente conociendo sus pasados, señalados por una herida producida directamente por quien fue amo y señor de República Dominicana, es que podemos explicar el deseo personal de cada uno de ellos por matar al chivo.

Pero al designar a esta tercera historia, como el nudo y la intriga de la obra, no estoy negando la presencia de alguno de estos mecanismos en las narraciones anteriores, especialmente en la historia de Urania, donde también se engendra una intriga en el lector, pues ignoramos desde la primera página, el origen del rencor y el odio hacia su padre. El insertar un dato escondido a la primera historia y empezar a develarla mientras avanza la novela, equilibra el interés y el desarrollo de los planos narrativos. Con esa estrategia, el lector se mantiene enganchado a cada una de las historias. Lo que no niega que sea la tercera, la que produzca la mayor tensión en el argumento general de *La fiesta del chivo*.

El nivel lingüístico del libro, es tal vez el factor que pueda llamarnos más la atención. Toda la novela está escrita en un español que podríamos calificarlo de estándar. No tropezamos con los giros propios del español dominicano. Tanto la voz del narrador, como la de los personajes en sus diálogos, mantienen una simetría en las normas, pues enuncian un español culto. Sin embargo el narrador, hace también referencia a las maneras muy propias del español de República Dominicana: “con facundia y sabrosura, hablando con boca, ojos, manos y todo el cuerpo a la vez, con ese regusto y alegría del hablar dominicano” (p. 195).

Y esa misma voz del narrador, así como nos informa sobre ese particular español que hablan los dominicanos, también se encarga especialmente de contar la vida privada de los diversos personajes de la novela. Estamos pues ante un narrador heterodiegético, tradicionalmente etiquetado como omnisciente. En el caso de Vargas Llosa, él siempre ha elegido usar la norma flaubertiana y presentarnos un relator invisible: “La regla que le permite ser invisible, es la objetividad: dice lo que ocurre pero no lo califica”².

Si bien la novela tiene tres hilos argumentales principales, el relator invisible se encarga de mostrarnos un mundo narrativo mucho más amplio que el de los tres pilares narrativos del libro, pero sin desbordar las líneas centrales de la novela. Continúa de esa manera Vargas Llosa, con su propia poética de crear una *novela total*, que le viene desde su admiración y devoción inicial por esa novela total que es *Tirante el blanco*. Tanto las historias particulares como las públicas, de los protagonistas principales y secundarios, crean en el lector la sensación de percibir un mundo en sus diferentes facetas: político, social, sentimental, histórico, particular, grotesco, etcétera. Sensaciones que se refuerzan, en las descripciones bastante minuciosas de los espacios en que ocurren algunas acciones.

Como un arqueo bastante positivo de esta obra, se puede decir que *La fiesta del chivo*, vendría a ser la segunda gran novela histórica de Mario Vargas Llosa -si la examinamos dentro de los parámetros de los subgéneros novelísticos-, la primera, también sobre una dictadura, ocurre en *Conversación en la Catedral* (1969). La distinción entre *Conversación en la Catedral* y *La fiesta del chivo*, reside fundamentalmente, en que, en la primera el protagonista central no era el dictador Odría, mientras que en su último libro sucede lo contrario. A pesar de las diferencias entre los dos textos, ambos tienen un lazo en común, que es el de haber sido edificadas, teniendo Vargas Llosa muy en cuenta, lo afirmado por Balzac, que la novela viene a ser la historia privada de las naciones.

² *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary*; Barcelona, 1975, Seix Barral, pp. 217.